

*Ipalnemohuani, in Teyocoyani, in Tloque Nahuaque, in Ilhuicahua, in Tlalticpaque*". Un testimonio más, —tan importante en nuestros días—, de la creatividad de nuestros pueblos indígenas. El Dr. León-Portilla con su libro *Tonantzin Guadalupe* ha abierto una amplia ventana para introducirnos en la comprensión de uno de los sucesos más significativos en la historia de México.

FRANCISCO MORALES

Miguel León-Portilla, "*Tonantzin Guadalupe. Pensamiento náhuatl y mensaje cristiano en el "Nican Mopohua"*". México, El Colegio Nacional y Fondo de Cultura Económica, 2000, 202 p. facs.

El *Nican Mopohua* es pieza clave de la tradición e historia guadalupana. Fundamenta y revela hechos primordiales de la ideología y mentalidad mexicana, de su historia profunda. Estos hechos que en el largo e ininterrumpido proceso del culto guadalupano han sido afirmados y reiterados con rigor, han requerido amplios análisis de todo tipo: filológicos, paleográficos, filosóficos, teológicos, literarios, históricos, pues todas esas vertientes le atañen, le consolidan, explican su esencia, desentrañan su origen y verdad.

En la historia religiosa de México es testimonio imperecedero, ya que de él procede y deriva el fenómeno guadalupano, aquel que origina un culto y una historia que marchan paralelos, que se imbrincan, complementan y fusionan, hecho que no encuentra precedentes en ningún otro proceso ideológico y social de ningún tiempo y lugar.

La evangelización en México tuvo fuerte y decidido sentido cristológico, mas desde sus inicios se tiñó de fuerte tendencia mariana, y si nuestra fe es fuerte y acendrada en el amor a Cristo, es indudable que la devoción mariana sino sustenta aquel amor, por lo menos le sirve de apoyo y en muchas ocasiones, podemos afirmarlo sin reparo, la presencia e intercesión mariana cobra más importancia.

El fenómeno sociológico, filosófico y espiritual que todo eso significa el culto guadalupano, se asienta, deriva, de una fuente histórica que es el *Nican Mopohua*. De ese relato breve, hermoso, poseedor de la esencia lírica y espiritual de las viejas y grandes culturas precolombinas e impregnado ya también de la esencia evangélica, ha derivado lejano, persistente y avasallador culto.

Si su verdad contenida en sencilla relación, quiso darse a la sociedad mexicana, al pueblo de Dios que se fortalecía con ejemplo y prédica de los religiosos, tanto en el idioma en que estaba escrito como

en castellano, a medida que ese culto creció y precisó aclaraciones, estas fueron dadas por nuestros mejores historiadores, eruditos prudentes, quienes consideraron pertinente establecer el origen de ese testimonio, su antigüedad, autoría y utilización. A un siglo de haberse escrito, el interés por estudiar, desentrañar su esencia y precisar su valor se despertó y desde entonces ha servido como fuente primera para historiar el suceso guadalupano. Ha sido editado a base de versiones muy dispares, producto más del entusiasmo que del rigor del estudio. De esta suerte se ha entregado un texto multívoco, muchas veces descuidado y erróneo a infinitos lectores.

Miguel León-Portilla en esta versión impresa por el Fondo de Cultura Económica, esboza la historia de algunas de sus ediciones, el valor y calidad que ellas tienen y su utilización, y nos ofrece su propia visión que apoya en consideraciones muy atendibles.

Dos son las vertientes desde las cuales podemos adentrarnos en el conocimiento y reflexión de este texto fundamental que da origen a una historia real, controvertida si, pero ajustada en tiempo y espacio a una realidad, y por el otro lado a un culto, producto de hondo sentimiento religioso, de una fuerza espiritual explicable sólo mediante análisis sociológicos, psicológicos, y religiosos. León-Portilla no estudia el culto, que ha sido y es hoy día motivo de trabajos de muy diversa índole, de diverso valor, de muy distinta aplicación y utilidad, sino que con prudente inteligencia se centra en el análisis reflexivo del *Nican Mopohua*, el texto primordial del que surge la historia que ha dado lugar a explicaciones, reflexiones y controversias muy diversas y también es la génesis del culto.

El análisis lógico, congruente, claro y sencillo que hace de ese texto, tiene doble naturaleza, la que constituye el meollo de su empresa a la que se ha ceñido y el cual comprende un doble tratamiento el filológico-lingüístico, y el histórico. El autor de esta empresa, afortunadamente para ambas finalidades, posee las condiciones necesarias para ello; no es un adyenezado en esos campos, no actúa movido por un impulso espiritual, religioso, sino por una pasión científica, por un deber académico. Largos años lleva Miguel León-Portilla entregado al estudio de la cultura náhuatl, a los aportes culturales de los viejos pueblos mesoamericanos. Su acercamiento al pensamiento de las culturas precolombinas, que ha marcado hito esencial en ese campo de estudio de las mentalidades de nuestros antiguos pueblos, su *Filosofía Náhuatl*, le acreditó, tanto como conocedor de la filosofía, del pensamiento universal, como serio especialista de la cultura indígena, dentro de la cual está inserto su pensamiento. Incorporado en ese campo le atrajeron otras manifestaciones culturales, las literarias, y a ellas de-

dicó años entusiasmados. Varios estudios en torno de la poesía náhuatl y de sus poetas y más recientemente del análisis de los cantares nahuas, siguiendo los pasos de su sabio maestro, don Ángel María Garibay, le han llevado a obtener un conocimiento que muy pocos estudiosos poseen, el de la belleza y valor de la poesía indígena, de la náhuatl.

En este campo, en el que ha penetrado por el camino de la ciencia filológica, y por su agudeza lírica, ha dado muestras patentes de conocer formas y esencia de la sensibilidad poética de la civilización precolombina, en el caso concreto, de una de sus portadores, el pueblo náhuatl. Inteligencia y sensibilidad han permitido a Miguel León-Portilla la comprensión de las formas lingüísticas y las ideas contenidas en los textos literarios que conocemos, y ese conocimiento, esa familiaridad le han permitido, una vez hecho el examen íntegro del *Nican Mopohua*, precisar y definir su autenticidad y también, y esto es más importante, poder afirmar que el *Nican Mopohua* es una joya, una pieza ejemplar de la literatura náhuatl. Un gran esfuerzo lexicológico, un conocimiento de las letras indígenas y recia capacidad de comprensión y entendimiento de ese texto, posibilitaron tal acción, la de situar el texto en cuestión el *Nican Mopohua*, como texto auténtico procedente de la literatura náhuatl, de considerarlo como expresión rigurosa y valiosa de la cultura indígena. De esta suerte queda enmarcado como fruto de tradición auténtica no ficticia, como obra de un expositor valioso del pensamiento y sensibilidad de los pueblos indios.

Ciertamente que del examen del texto, riguroso e íntegro, León-Portilla deduce que contiene otro ingrediente, un elemento que el impulso evangelizador, impregnado del más puro cristianismo, introdujo en el, y el cual origina en el mismo la aparición de "ideas clave en el pensamiento cristiano, arropadas en el lenguaje y forma de concebir el mundo de los pueblos nahuas". El autor del texto, junto con ideas y formas muy claras del pensamiento náhuatl, introdujo en su texto "dos versiones del mundo, creencias diferentes, metáforas y atisbos, trama y urdimbre de hilos multicolores; creó a la vez, poesía".

Inspirada su relación en producciones de la antigua tradición indígena del género de los cuicatl o cantares, conjugó varias tradiciones, entre otras la que aseguraba la existencia de una imagen aparecida y el culto que se le tributaba. Su autor recogió de su mundo circundante, rigurosa serie de noticias que circulaban en su comunidad, cortas pero precisas, relativas a un acontecimiento sobrenatural que había ya originado un culto. Las aprehendió, meditó y envolvió en formas tradicionales, comunes a los cantos histórico-poéticos del mundo náhuatl y las trasladó a la letra escrita con los caracteres de la escritura occidental, pero en el propio idioma materno del recolector, y en

una forma expresiva connatural a su grupo, y al mundo cultural en que se había formado.

Punto básico que atiende, León-Portilla con atingencia, es el referente al autor que recogió la información y formuló ese texto. Miguel León-Portilla, muestra aquí su recio oficio de historiador. Repasa cuidadosamente la literatura histórica existente, desde el siglo XVII hasta nuestros días y acepta la versión de que la autoría de ese texto es de Antonio Valeriano. El examen cronológico confirma su opinión, cotejando las fechas clave referentes a la actividad de ese personaje importante, tanto en el desarrollo cultural como político de México.

De don Antonio Valeriano sabemos procedía de familia importante de Azcapotzalco, en donde había nacido entre 1522 y 1526, posiblemente en 1525. Miembro de familia noble y de clara inteligencia, debió ser recibido como alumno en el Colegio de San José de los Naturales, fundado en el Convento de San Francisco en 1524 por fray Pedro de Gante. Creado para educar y formar en las normas del cristianismo y la civilización occidental a los miembros de la nobleza indígena, para que ellos con su ejemplo y prestigio, auxiliaran en la formación de los naturales, el Colegio de San José que recibía niños mayores de seis años, y que dedicaba a la formación de ellos poco más de seis años, pues les impartía lecciones de lectura y escritura en español, catecismo, artes, música, canto y rudimentos de latín, con lo cual los más aventajados salían con excelente preparación que les facilitaba poder proseguir posteriormente estudios humanísticos tales como: gramática con inclusión del griego a más de latín que era fundamental, retórica, filosofía y elementos teológicos. El Colegio de San José, reiteramos, representó el foco y centro cultural más operante y eficaz dedicado a la nobleza indígena. Formó con el mismo rigor a los jóvenes que aspiraron a la vida intelectual, como a los que tuvieron habilidad para la música, pintura y diversas artes y oficios de procedencia occidental.

Los alumnos con vocación humanística y religiosa, formados en San José dentro de severas normas, podían proseguir su formación en otra institución creada como continuación y perfección de la cultura humanística y de la formación religiosa que en un principio se propició, suspendiéndose más tarde al prevalecer la idea de inmadurez de la sociedad indiana para ingresar a la vida religiosa, idea que llevó tanto a la decadencia de la institución, como a la imposibilidad de formar una iglesia indígena nativa, que hubiera coadyuvado a la formación religiosa del pueblo mexicano.

La institución que surgió a partir de 1536, como prolongación y continuidad del esfuerzo educativo de San José de los Naturales, fue

el Colegio de Santa Cruz de Tlatelolco, el cual debía recibir a las generaciones de indiezuelos formados en el de San José. Doce años o poco más había de diferencia entre la creación del Colegio de San José y el de Santa Cruz. Seis años permitían la preparación sólida en San José del que se salía a la edad media de doce a trece años. Seis años ya de recia y especializada formación en Santa Cruz originaba que sus alumnos, ya jóvenes de alrededor de 18 a 20 años terminaran sus estudios. Muchos de los que tenían vocación para ello, proseguían su preparación al lado de frailes, sabios y pacientes maestros como fueron fray Andrés de Olmos, fray Arnaldo de Bassacio, fray Bernardino de Sahagún entre otros. Descuidada crónica nos ha conservado los nombres de algunos alumnos distinguidos: Alonso Vegeterano, Martín Jacobita, Andrés Leonardo y Antonio Valeriano. Algunos, atraídos por la cultura prosiguieron sus estudios y varios profesaron como maestros. Auxiliaron por su conocimiento y dominio de la lengua materna a algunos religiosos dedicados a la historia y al conocimiento de la cultura indiana, como fray Bernardino de Sahagún y Juan Bautista Viseo, como fue el caso de Valeriano.

La formación de estos elementos importantes de la sociedad indiana, motivó a las autoridades civiles, cuando se inició la práctica de colocar en puestos de responsabilidad como fueron los gobernadores de indios, a miembros de la misma sociedad dotados ya de religión cristiana, de preparación cultural y social sobresalientes y en cuyas funciones dieron muestra de discreta prudencia, de espíritu conciliador y de habilidad política; por ello se eligieron como gobernadores de los importantes centros de Tlatelolco, Azcapotzalco y de México a varios alumnos surgidos del Colegio de Santa Cruz. Antonio Valeriano lo fue de Azcapotzalco, primero y posteriormente de México. Un hombre provisto de severa preparación, de amor e interés por su propia sociedad, debió ser un hombre interesado en cuanto fenómeno socio-cultural se diera en el mundo indiano, en el acontecer que ocurría dentro de su pueblo, en los sucesos importantes acaecidos. Posiblemente durante su estancia en Santa Cruz, de 1536 en adelante, percibió noticias trascendentales, las cuales recogió en su memoria y plasmó en letras occidentales hacia 1556, conservando la forma y esencia de la tradición indígena. Al igual que ocurrió con los Evangelios que se re-dactaron varios años después de la muerte de Cristo, así el *Nican Mopohua* fue escrito con posterioridad a los acontecimientos extraordinarios que narra, de los cuales fue espectador y parte importantísima de los mismos, un indio originario de Cuauhtitlán.

La aceptación que el Dr. León-Portilla hace de que el texto de Valeriano debió ser escrito en 1556, caza perfectamente con los datos

que tenemos de su nacimiento y formación en los colegios de San José de los Naturales primero y posteriormente en el de Santa Cruz. En el año de 1556, Valeriano contaba ya con treinta años. Habían transcurrido cerca de veinticinco a partir del momento de las apariciones y Valeriano había tenido tiempo de escuchar las versiones que corrían a algunos de los personajes, al indio Juan Diego, al obispo Zumárraga y al intérprete entre el indio y el obispo.

Conocedor por sus estudios en Santa Cruz, y por su relación con núcleos importantes de indígenas del valor de los relatos indios, cuya estructura, forma y contenido bien conocía, y en plena madurez intelectual y cristiana, pudo pensar muy bien, con los datos obtenidos en formular un relato atenido a la tradición literaria-histórica de su entorno, pero dotándolo de ideas, de formas que su contacto con el pensamiento religioso cristiano ya había asimilado. La argumentación que nuestro autor hace al respecto, cuadra perfectamente con la percepción histórica de un primer aculturamiento en los individuos formados a la par, en los valores indianos como en los cristianos.

La explicación histórica de la existencia de ese testimonio, de su origen, de su autoría, de su utilización tardía, que León-Portilla ofrece es lógica, congruente con las fuentes existentes, derivada cuidadosamente de las mismas. El método seguido para ello acata las prescripciones metodológicas, el rigor heurístico, la lógica historiográfica. El examen lingüístico del texto está realizado rigurosamente por un conocedor, no solo de la lengua, sino también de las formas literarias existentes en la literatura: prosa y poesía nahua. El examen del texto ha permitido realizar una versión correcta, ajustada a los cánones de una traducción exigente, ceñida a principios lingüísticos precisos, alejados de la improvisación y atenedos al modo y forma de la lengua, a su riqueza lexicológica y contenido cultural.

Las dos formas utilizadas por Miguel León-Portilla para asediar el *Nican Mopohua*, para obtener de él elementos tanto filológicos y literarios como históricos que permitan confirmar su autenticidad, su veracidad, son formas correctas utilizadas por la filología y la historia. En su análisis se aplica a ellas con rigor, y sin desestimar otras versiones literarias que existen, ajustándose a las formas ejemplares que otros trozos literarios ofrecen, nos entrega su versión en la cual vemos como las ideas que contiene y las formas de expresión de las mismas, concuerdan con la tradición poética, con los modos lexicológicos e ideéticos empleados. El conocimiento lingüístico-literario que posee y que maneja sabiamente Miguel León-Portilla, le permite comparar los textos literarios nahuas de reconocido valor, la forma y contenido del *Nican Mopohua*, y ofrecernos una versión muy ajustada, concisa, clara, limpia de formas

anacrónicas como las que ha sufrido, que derivan del inexacto conocimiento de la lengua, de la ignorancia, del descuido.

Antes de presentar su versión, León-Portilla hace serias reflexiones filológicas en torno a los problemas gramaticales, ortográficos y lexicológicos existentes en el texto y a su traducción, comparando las diversas versiones que de él se han hecho y explicando el criterio por él empleado. Luego de las sensatas y precisas explicaciones que refuerzan y justifican su idea, en muy cuidadas transcripciones en náhuatl y castellano que se parean, aparece esta nueva versión que fundamenta la historia y el culto que se rinde a Tonantzin Guadalupe. El subtítulo que el autor de esa obra le ha dado, explica y justifica muy bien la finalidad y el resultado que su labor tuvo, el de hallar en el *Nican Mopohua*, contenidos y amalgamados prodigiosamente el “pensamiento náhuatl y el mensaje cristiano”, hallazgo que hasta antes de ahora no se había hecho. Tendrá que ser a base de esta nueva interpretación como surjan otras explicaciones referentes al hecho guadalupano, uno de los fenómenos más importantes de nuestra historia social e ideológica. La conclusión a que Miguel León-Portilla llega, sin tratar de ocultar ni adicionar nada, ateniéndose tan sólo a examen riguroso del texto, podrá, como siempre sucede, no agradar a muchos. Nos queda sin embargo estudio profundo en torno de él, que en este caso, es lo que importa.

ERNESTO DE LA TORRE VILLAR

